

TESTIMONIO

A Pedro Luis Sotolongo

Semblanza testimonial de mi amistad con un pensador de Nuestra América

Pedro José Ortega³³

Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD)

«Las grandes batallas se ganan en los pequeños detalles» ... Recuerdo a Sotolongo —así solíamos llamar a este gran amigo y mentor del buen pensar crítico— diciendo estas palabras como un mantra de fe y esperanza; una expresión de poder para momentos difíciles, de desafíos personales y de nuestro oficio científico y filosófico: «las grandes batallas se ganan en los pequeños detalles». Con esta expresión Sotolongo recordaba de forma coloquial el conocido «efecto mariposa». Esta metáfora que comenzó a difundirse a partir de la conferencia dictada en 1972, en Brasil, por el meteorólogo y matemático estadounidense Edward N. Lorenz (1917-2008), titulada «Predictability: ¿Does the Flap of a Butterfly's Wings in Brazil Set Off a Tornado in Texas?» podríamos parafrasearla diciendo que «un pequeño cambio hoy podría acarrear grandes consecuencias mañana» y fue pensada para estudiar el grado de sensibilidad y los efectos iniciales de los fenómenos naturales. Hoy también se utiliza para comprender mejor algunos fenómenos sociales y políticos, como el de la opinión pública.

Sin embargo, los pequeños detalles a los que aludía Sotolongo, más allá de ser científicos, ideológicos, teóricos, epistémicos o metodológicos, interpelaban a esos

³³ Pedro José Ortega es profesor de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) e investigador asociado del Instituto de Estudios Dominicanos de City University of New York (CUNY DSI). Filósofo y economista político, Ortega estudia las corrientes de pensamiento y los discursos utópicos para crear un marco teórico y práctico sobre los procesos de unidad regional de América Latina y el Caribe.

pequeños atisbos de la vida cotidiana que, a pesar de ser aparentemente simples y anodinos, terminan por marcar las relaciones humanas para bien o para mal: el tono de lo que decimos, las palabras que escogemos, el sentido impreso en las mismas, los gestos; en fin, todo lo que nos sirve para descubrir en quienes nos rodean el afecto sincero, la amistad pura, el sentimiento comprometido, la esperanza de construir un mundo mejor. En síntesis: la cooperación virtuosa entre los seres humanos fundamenta y está por encima de cualquier objetivo material.

Así nos conocimos, bajo el signo de esta premisa sensible al trato humano, en una de sus conferencias sobre «el pensamiento complejo y las ciencias de la complejidad». Bajo esta rúbrica delimitaba el campo del saber que, con entusiasmo y labor perfeccionadora, ayudó a introducir y a desarrollar durante la década de 2000 en Cuba, su querida y admirada patria natal, y luego en la República Dominicana durante la década de 2010, cuando su trabajo pionero comenzó a consolidarse en este país donde muy pocos investigadores y profesores comenzaban por aquel entonces a trillar ese camino intelectual con sus escritos y lecciones universitarias. Antes que él, solo algunos habían incursionado como lo hicieron Enerio Rodríguez †, Leonardo Díaz y el profesor Amado Reyes, entre otros, con quienes también tuve oportunidad de compartir ideas sobre este tema en conversaciones sobre filosofía, sociología y economía política.

Por ese entonces yo trabajaba para una escuela de gobierno que terminaría fundándose en 2009 bajo la rúbrica de Instituto Global de Altos Estudios en Ciencias Sociales (IGlobal). Él trabajaba para la Fundación Global Democracia y Desarrollo (Funglode), que impulsaba la creación del instituto como entidad académica independiente y orientada al fortalecimiento de las ciencias sociales, que tendrían casi a desaparecer de los programas universitarios de la República Dominicana. Nuestros proyectos pronto se hicieron amigos. Él creó los primeros talleres, coloquios y conversatorios sobre complejidad, sumó instituciones académicas y personalidades de la vida pública dominicana a actividades educativas que hicieron posible la creación de lo que denominó el «capítulo de pensamiento complejo y ciencias de la complejidad RD» (capítulo complejidad RD). El expresidente dominicano Leonel Fernández —y presidente de la fundación— aportó el

sustento material indispensable para el trabajo que Sotolongo iniciaba en el país. La vicerrectora académica del IGlobal, amiga entrañable, María Elizabeth Rodríguez y, el rector, Marcos Villamán, crearon el marco logístico y administrativo necesario. Muchas personas más se sumaron con entusiasmo a colaborar. Los primeros años de su labor misionera sirvieron para unir a este esfuerzo un gran número de profesionales e interesados provenientes de distintas disciplinas. Entre ellos había médicos, arquitectos, químicos, biólogos, matemáticos, científicos sociales, filósofos; una nutrida «cantera» —recordando sus propias palabras— de personalidades que pronto se convirtieron en alumnos y alumnas de los primeros diplomados impartidos en el país sobre este nuevo saber.

Eran programas de estudio que formalmente comprendían entre 80 y 120 horas lectivas, pero que en la práctica excedían ese tiempo, pues recuerdo que el entusiasmo superaba la mera formalidad del academicismo instrumental que suele prevalecer hoy en día. Las asignaturas introductorias y algunas de las principales eran impartidas por el mismo profesor Sotolongo, pero por primera vez se vio allí también a profesores e investigadores de diversas universidades locales e internacionales como invitados, impartiendo asignaturas específicas, dictando conferencias, compartiendo sus charlas y acompañando a algunos titulares en sus materias. Era una verdadera fiesta del saber lo que aquella novedad creaba en la institución; era de profunda emoción lo que aquella exploración encaminaba —pude disfrutar de aquello con Sotolongo—; era, ciertamente, una labor de emprendimiento ejemplar, guiada por el más puro y firme sentimiento de altruismo hacia el conocimiento y hacia la patria hermana que acogía a esta persona noble y bondadosa. Corrían los primeros años de la década de 2010 cuando los cursos y talleres comenzaron también a extenderse a otras ciudades más allá de Santo Domingo, como Santiago de los Caballeros; y comenzaron a ampliar su contenido, exigencia académica y rigor hasta convertirse en programas de especialidad y de maestría.

En 2013 viajamos a Santiago de Chile para participar en el congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Participamos en variados paneles, conferencias y conversatorios. Llevamos una sensibilidad teórica y práctica que nos enlazaba a la de amigos y amigas de distintos países, disciplinas y corrientes de pensamiento, pero como parte de

una hermandad en el pensar crítico latinoamericano y caribeño: Y recuerdo a Rudis Yilmar Flores, de El Salvador, a Jaime Preciado, de México, a Paulo Henrique Martins, de Brasil, a Milton Vidal, a Marcelo Arnold-Cathalifaud y a Daniela Thumala-Dockendorff, de Chile. A mí me gusta recordar aquellos momentos en los que su voz se hizo sentir sobre los temas de pensamiento crítico, complejidad y transdisciplinariedad, y en contra de las metodologías tradicionales de investigación, en contra del pensamiento eurocéntrico, en contra de la influencia del pensamiento positivista y neopositivista y, como siempre, en contra del imperialismo epistémico al que ha sido sometida Nuestra América, para llamarla con palabras del prócer cubano José Martí.

Ya entre los años 2018 y 2020, antes del asalto de la pandemia de la COVID-19, nuestras conversaciones apuntaban a la creación de un doctorado sobre pensamiento y ciencias de la complejidad en la República Dominicana. Sus esfuerzos pioneros se habían consolidado ampliamente, y cada vez más se extendía el interés por este campo del saber. Los talleres, diplomados, especialidades y maestrías realizados en el Instituto Global entusiasmaban también a gestores de otros centros universitarios que en poco tiempo comenzarían a enseñar y a poner en práctica lo aprendido en este campo del saber. Los consejos de Sotolongo nutrieron también el esfuerzo que personalmente hemos venido realizando mediante la creación de espacios de discusión sobre el pensamiento crítico latinoamericano y caribeño en la República Dominicana, la organización del Congreso Transdisciplinar del Caribe —que realizamos en cuatro ocasiones (2012, 2014, 2016 y 2018)— y la publicación de algunos de nuestros escritos.

Pasamos así cerca de siete años trabajando en las mismas instalaciones físicas, en la misma oficina, compartiendo los mismos horarios, intercambiando sobre propósitos e ideas; yo escuchando y aprendiendo de sus historias de juventud, de cuando conoció al Che Guevara, de cuando formó parte de la juventud revolucionaria en Cuba, de su estancia de estudios de Física en Rusia donde conoció a grandes personalidades de la ciencia que marcaron su carrera, de su retorno a Cuba a hacer su Doctorado en filosofía, de sus estudios de las obras de Marx y de Lenin (que nunca abandonaba por su fe en la creación de un mundo mejor más allá de esta era del capitalismo). También me contó sobre la fuerza de

sus convicciones ideológicas durante las más cruentas crisis económicas, políticas y sociales que la Cuba revolucionaria sufrió tras el embargo de los Estados Unidos, sobre todo hacia finales de los 70 y los 80, y durante el conocido «periodo especial» que inició a principios de los 90 como consecuencia de la caída de la Unión Soviética.

Puedo imaginarlo, siempre, como muchos otros grandes pensadores de nuestra región, usando el tiempo de su reposo, de su sueño, para descubrirse a sí mismo en medio de tanta crisis, en medio de tanta tensión social, en medio de tanto desasosiego e incertidumbre. Y luego, en efecto, elaborando las claves de su propio pensar en el marco de esta innovadora corriente de sensibilidad teórica y práctica.

El camino que escogió Sotolongo se desprende de las enseñanzas del filósofo francés Edgar Morin (1921-2026). Su obra refleja claros matices transdisciplinarios en los que las ciencias sociales se vuelven aliadas de las ciencias naturales, y la sensibilidad humana adquiere sentido político transformador. Es el mensaje compartido que también encontramos en otros colegas y amigos del círculo de Morin —pienso en el profesor César Germaná, del Perú, o en el profesor Elimar Pinheiro do Nascimento, de Brasil—. La obra de Sotolongo, ya sea de forma directa o indirecta, entra en contacto con la de pensadores como el sociólogo alemán Niklas Luhmann (1927-1998), el físico y químico belga Ilya Romanovich Prigogine (1917-2003) y el matemático polaco Benoît Mandelbrot (1924-2010). Albergan el reflejo de estas referencias sus obras *Teoría social y vida cotidiana: la sociedad como sistema dinámico complejo* (2007) y *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social: hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo* (2006), publicada en colaboración con Carlos Jesús Delgado Díaz.

En sus últimos años, Sotolongo estudiaba autores muy variados del campo de la complejidad. El libro *Teoría social realista: el enfoque morfogenético* (2009), de Margaret S. Archer (1943-2023), se encuentra entre las obras que, a mi juicio, le despertaron mayor interés. Creo, de hecho, que el enfoque morfogenético de la autora generó en él algunas de las ideas que introdujo en sus últimos escritos, textos que en parte aún permanecen sin ser publicados. Recuerdo también el vívido entusiasmo que sentía cuando hablaba de los

trabajos de Pablo González Casanova (1922-2023) y la filosofía de la liberación de Enrique Dussel (1934-2023).

Pero lo que podríamos describir con agradecimiento como la obra de Sotolongo es más que la de los trabajos escritos. Es también la de un misionero del saber, la de un tejedor de redes sociales y la de su constante impulso a la producción de conocimientos. Es la de un pionero de nuevas epistemologías. La de un alma en la que el sentido práctico converge en los pequeños detalles del trato humano —con los que Sotolongo ganaba sus grandes batallas—, gracias sobre todo a su don especial de curiosidad, a su carácter riguroso pero flexible, y a su ser capaz al mismo tiempo de entablar el diálogo con quienes le rodeaban sin ánimo de autoridad ni poder absoluto. También estaba, por supuesto, su inclinación natural a la templanza que fortalece el fuero interno de aquellos que buscan sabiduría.

Pienso en sus exalumnos de la República Dominicana al precisar algunos de estos matices de su personalidad. La lista sería tan extensa como para enumerarla aquí. Pero sí sé que muchos de ellos extienden con su trabajo el compromiso epistémico y social que Sotolongo compartió con nosotros. Me tomo la libertad de rememorar los nombres de algunos, como Carlos de los Ángeles, Carlos Liriano, Gilberto Disla, Johnny Pujols, Luz Inmaculada Madera Soriano †, Isabel Noemí Tejeda, Jaqueline Inoa, Laura Rathe, Magdalena Rathe, Olga Basora, Olga Lara, Pedro Luis Castellanos, Yamir Encarnación, Yicenia Brito... Y así podríamos recuperar los nombres de una larga lista de personas que continúan ese legado que la pandemia del COVID-19 interrumpió. Pues ya, desde inicios de 2020, la crisis sanitaria que comenzaba a expandirse por todo el planeta hizo que las instituciones que servían de sustento a la labor académica comenzaran a desfallecer, reduciendo al mínimo su compromiso material frente a las necesidades de profesores e investigadores con contratos temporales o recortando sus operaciones.

Sotolongo sufrió las consecuencias de esta crisis sanitaria global y, poco después de iniciar la pandemia, y una vez que pudo viajar, se vio precisado a regresar a su tierra natal, donde en el 2022 se despidió de la vida. Su ciclo físico había terminado, pero el legado de su labor continúa en las instituciones con las que colaboró y otras que con el paso del tiempo lo han asumido; continúa a través de muchos otros buscadores del saber capaces

de apreciar esos pequeños detalles que solo el pensamiento y las ciencias de la complejidad ayudan a descubrir, y que alientan a transformar nuestras sociedades en un mundo mejor, de libertad y justicia social: «las grandes batallas se ganan en los pequeños detalles». Gracias.

Pedro José Ortega

19 de agosto de 2026